

**CUENTO N°12**

**TÍTULO: CANTARITO DE LOS PÁJAROS**

**SEUDÓNIMO: PROCURO**

**AUTOR: LUIS ARTURO IBARRA GONZÁLEZ**

## EL CANTARITO DE LOS PÁJAROS

La comitiva salió hacia el cementerio local a media tarde, cuando en el cielo límpido desperdigaba todo su resplandor el sol estival. Una veintena de dolientes acompañó al finado a su morada definitiva, distante a poco menos de dos kilómetros del villorrio dispuesto sobre una planicie prolongada, después de evadir el sendero polvoriento que rodeaba un cerrillo escarpado. En el cortejo marchaba doña Luzmira González, escoltada por su marido Hernán Escobedo y la hijastra Jimena, pequeña de solo nueve años, que perdió a su madre biológica, víctima de una peritonitis avanzada –mal irreversible que el displicente Hernán jamás quiso atender–, cuando aún no cumplía las siete primaveras. Durante el trayecto al camposanto, Luzmira, rebasando con creces las cinco décadas, eyectaba pulverizantes ojeadas a la niña con el único ojo operativo que conservaba (su ojo comprimido lo había perdido en una pendencia de juventud con otra hembra del barrio, trezada en disputas por los amoríos de un gañán que, a decir verdad, no valía la pena). Mientras tanto, Hernán parloteaba displicentemente con otro lugareño sobre siembras, conejos y leña, sin atender a la prudencia del duelo. Luzmira no profesaba muchos arrumacos a la niña, pero la aceptaba sin remilgos porque era la hija de su pareja y se hizo cargo de ella cuando Hernán la tomó como pareja al enviudar.

El séquito arribó al cementerio cerca de las seis. Un carrito cargó el ataúd pintado para conducirlo hacia el hoyo final, llevando sobre su lomo la mayoría de las flores que los deudos y amigos consiguieron reunir con los escasos fondos que poseían. La ceremonia, presidida por un diácono orondo, hizo referencia sobre los infinitos dones del finado, un hombre ejemplar, religioso y buen padre –según el discurso–, que el infausto destino convirtió en reminiscencia para sus dolientes familiares.

La ceremonia resultó extensa y latera. Mientras el principal orador repetía sin descanso las caridades del occiso, la niña Jimena, ya cansada de tanta perorata, decidió explorar cada rincón del camposanto en la búsqueda de aventuras. Cerca de allí descubrió un angelito con las alas de yeso quebradas; más allá encontró una cruz de madera enterrada en el barro, y un poco más allá, dos figuras angelicales celestes partidas en la mitad. Jimena se condolió del sufrimiento de esas figuras reposantes que a nadie perturbaban. Más bien, ellas velaban por la paz de esos difuntos tumbados bajo la apacible reposadera municipal. Unos golpes en su pecho tierno debían acarrear la paz sobre las formas sepultadas en ese campo misterioso.

Hacía calor en la necrópolis, y Jimena sí que lo manifestaba. Intentando evadir los grados de sofoco corrió hacia una congregación de árboles ordenados sobre el sector poniente, en un prado más protegido. Allí yacían los restos mortales de cinco personajes olvidados por su mismo linaje. Mientras enjugaba el sudor, se puso a hurgar entre los restos de cacharros que ocultaba un hoyo poco profundo. Vasijas trizadas, cruces fragmentadas, restos de flores, descubrió en su investigación, hasta que dio con un cantarito rojizo, alhajado con figuras de aves negras en vuelo. Fijó toda su atención en él. Brillaba y era hermoso; más hermoso que cualquier adorno del cementerio. Y fueron esos destellos maravillosos y los pájaros en estático planeo que la llevaron a hurtarlo. Oculto entre su vestidito adornado con figurillas diversas, lo sacó secretamente del camposanto, para instalarlo, al regreso, sobre el velador de la habitación. Se veía hermoso el cantarito en ese lugar, a juicio de la niña Jimena y su consentidora madrastra. El único que disentía era Hernán. A él, estas cosas del cementerio le parecían misteriosas y de mal agüero. Si hasta una simple hoja arrancada de algún arbusto del camposanto le provocaba distorsiones

Jimena se dio a la tarea de limpiar diariamente la pieza erigida en fina greda – elemento probablemente adquirido en el pueblo de Pomaire por los consanguíneos de algún difunto–, y destacaba su presencia más que cualquier otro adorno.

Cierto día, Hernán llegó al hogar enteramente pasado en copas y al contemplar el cantarito sobre el velador estalló en una furia incontrolable.

–¡Me van a *moeer* altiro esta porquería de ahí, ¿me oyeron? ¡Esa *custión* debe estar maldita, porque *jue tocá* por la tierra *maldecía* del cementerio! ¡Y esos pájaros *neuros*, *toy segurito* que pertenecen al tal Sata!

Acto seguido, se elevó violentamente de su asiento para aproximarse al velador; pero el empuje lo arrojó de bruces contra la cama, provocando alarmas en Jimena. Después de algunas tentativas fallidas, logró al fin erguirse para agarrar el cantarito de greda y lanzarlo contra la puerta de la pieza. Cualquier humano diría que esta inspiración artística elaborada en fina greda iba a concluir su apostura convertida en añicos. Pero no fue así. Después de golpear el frontis de la puerta, giró su envergadura varias veces para estacionarse definitivamente bajo la cama de la niña.

Jimena imaginó su cantarito completamente destrozado, junto con los pájaros. Entonces corrió a contárselo a su madrastra. Esta niña no recordaba haber visto alguna vez a su padre tan iracundo y en ese estado de embriaguez.

La madrastra tuvo segundos de pasividad, pero luego reaccionó molesta..

–¿Qué te *habís imaginao*, borrachín; que *vai* a hacer lo que *querai* en la casa? Con la niña y conmigo no *vai* a abusar, ¿me oíste, *malagradecío*?

Dos escobazos por el lomo surtieron el efecto esperado. Tal vez era la primera vez que esta pareja alcanzaba ribetes de escándalo con sus grotescas actitudes. El

vapuleado Hernán abandonó la vivienda y salió trastabillando al sendero pedregoso que lo conducía al expendio de alcoholes del pueblito cercano. Su transitar era errabundo y no conseguía coordinar las ideas. Cerca de un kilómetro alcanzó a caminar, cuando sintió el golpe de una mano en su hombro derecho.

–¿*Pa' onde vai* borrachín de mierda!

–Yo... yo... voy a *echale* algo a la guata. Tengo *hartaza* sed y...

–¡*Voh no vai* a ir a *ni'una* parte a tomar, *desvergonzao!* ¡Te *vai* a ir derechito *pa'* la casa, hediondo a trago!

De un ala condujeron a Hernán de regreso. Al lado izquierdo caminaba la niña Jimena, agarrada del pantalón masculino.

–El cantarito no se quebró, papá, no se quebró, y los pajaritos están bien.

Apenas traspusieron la puerta, Hernán fue arrojado sobre la cama matrimonial con muy poca delicadeza. En segundos, el rebelde ebrio roncaba como un angelito, y la madrastra, con la pequeña agarrada de la mano, salió a visitar a una vecina para despejarse de la rabia acumulada.

Poco más de dos horas durmió la borrachera el confundido dueño de casa. Se despertó malhumorado, cuando la oscuridad bañaba completamente la casa y la campiña. Padecía dolores de cabeza y una tremenda sed. Pausadamente elevó su cuerpo desequilibrado, escudriñando, obsesionado, en algún lugar de la vivienda esa botella con vinagre reconstituyente para desbancar su estado de deterioro corporal. Deambuló atontado durante algunos minutos por la casa, hasta que un murmullo de pájaros lo condujo al dormitorio de Jimena. Y allí estaba, en el mismo lugar, esa figura de greda colorida con sus pajaritos negros, enhiesta, con la cintura estrecha luciendo sus arcos curvados, y ostentando una opulencia sin parangón.

Las aves negras en vuelo piaban risas sarcásticas, burlándose cruelmente de este varón confundido. ¿Deliraba Hernán, o ese escenario era real? Y mientras agarraba férreamente, con ambas manos, el cantarito de greda, las aves chillaban y reían, martirizando la conciencia del hombre. Furiosamente, quizás como se enfrenta de manera normal a un ser odiado para castigarlo, Hernán lanzó su grito de batalla.

–Al fin estamos solos, maldita porquería. *Agorita* te las *vai* a ver conmigo, mierda. Las mujeres te protegen, ¿no sé por qué?, pero yo te voy a *golver* caca, ¿me oíste?; te voy a *golver* caca. Por culpa tuya, ellas me *odean*.

Le reprendía como si estuviese reprendiendo a un ser humano, como si toda su antipatía la volcase sobre alguna persona enemiga.

Le bastaron solo dos manos y un poderoso impulso para arrojar la pieza de greda sobre el corredor de piedra pulida. No obstante, el potente golpazo y los rodados ningún deterioro causaron. Ni siquiera un mísero rallado percibió en su contextura. Al colérico Hernán no le bastó esa violenta tentativa. Alienado por el rencor, corrió raudo hacia el cuarto de herramientas a coger un martillo carpintero para asestar dos furibundos golpes sobre la fracción más ancha del cantarito. Pero la pieza gredosa continuó entera, sin desplazarse ni fracturarse. El hombre ya no sabía qué hacer. Sudaba, maldecía, y solo atinó a sentarse en el piso y a ponerse a llorar como un niño malcriado.

Cerca de una hora permaneció tendido en el piso de piedra, descompuesto, desconsolado. La ofuscación lentamente fue trocando en consuelo. No había más que hacer; no había más que intentar. Se incorporó con pasividad de su posición e iba a regresar al dormitorio cuando dio la última mirada al objeto brillante. Ahora los pájaros aleteaban y parloteaban. De pronto vio que hasta el cantarito reía, que abría

su boca y la desfiguraba groseramente en una extraña mueca de mofa. Entonces, las fibras más recónditas del alma lo encabritaron y le insinuaron una reacción.

–“¿Vas a permitir que ese mugroso cacharro de tierra se ría de ti? No, pobre diablo, tienes que darle su merecido. Anda, patéalo, patéalo, patéalo, ja, ja, ja.

Hernán no supo de su medida; no supo si estaba cuerdo o si deliraba. Lo único cierto es que puso el cuerpo en equilibrio y tomó impulso para golpear potentemente a la figura de cinturita fina y coloreada que le miraba desafiante desde el extremo opuesto, con sus avocillas en vuelo. Los bototos parecieron guiarlo en su grosera actitud y descargaron el mayor golpe que en su corta existencia de calzadura habían propinado. El cantarito de greda voló por los aires, azotó el durmiente de álamo que cruzaba el encielado y fue a golpear enérgicamente la cabeza del agresor. Hernán trastabilló algunos pasos, expulsó un destemplado alarido, vomitó sangre rojiza desde su boca reseca y se abatió de bruces sobre el frío empedrado.

Mientras abandonaba definitivamente las tierras que lo vieron laborar, sus dedos engarfiados intentaron en vano aferrarse a la vida. A su lado, el cantarito de greda de pájaros negros ensayaba los últimos giros de su misma inercia, para asentarse, incólume, en medio del lóbrego corredor. Brillando tonalidades extrañas, dio por finalizado un episodio cruento de desavenencias que la frustración y la irracionalidad de un ser humano contrariado jamás lograron controlar.

–Mamá, ¿por qué mi papito está en el suelo? ¿Todavía estará borracho? ¿Y el cántaro de greda, quién lo habrá sacado de mi velador?

Todas esas incógnitas intentaban dilucidar los castos juicios de Jimena, mientras lustraba con su traje florido el cantarito de greda y las aves en pacífico vuelo.